

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas

Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10

PROVINCIAS

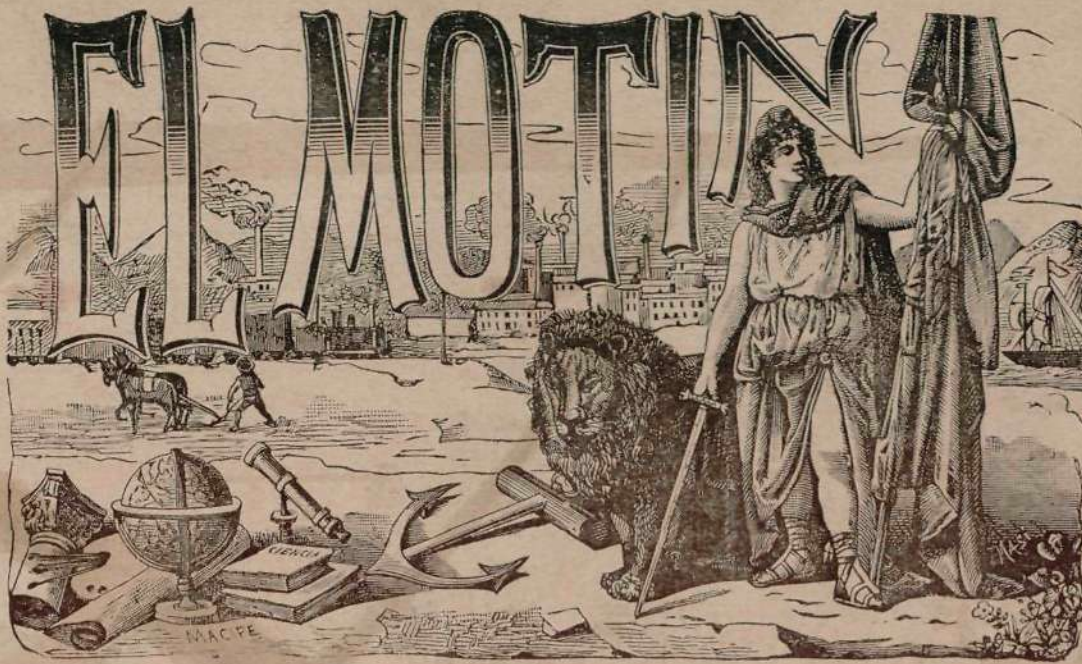
res meses.....	3
Sem.	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	8 pesos

CORRESPONSALES

5 números de EL MOTÍN.	2,50
Idem del Suplemento....	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se sirven al pedido no acompañado su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

LA ASAMBLEA REPUBLICANA

Han venido á ella hombres inteligentes, entusiastas y de historia limpia.

Predomina el espíritu revolucionario, y está exuberante de buen sentido, tolerancia y deseos de concordia.

No voy á aconsejar nada á los representantes, que han sabido lo que han de hacer; pero sí á permitirles manifestar francamente mi opinión.

Agotar los términos de conciliación con todos, siempre que no ataquen en lo más mínimo á lo fundamental, que es el procedimiento revolucionario; no dar pretexto para excisión alguna, y seguir escuchando, con la serenidad del fuerte, como hasta ahora, los ataques que les dirijan los salmeronianos.

Pero si á pesar de estos nobles y patrióticos propósitos se trata de negar á la Asamblea el espíritu que ha presidido á su elección, entonces, nada de debilidades, nada de miramientos; deslinde completo de campos y acabemos de una vez.

El enemigo, como varias veces he dicho, hay que tenerlo enfrente; no al lado ni dentro de casa.

EL ARMISTICIO

En uso de mi perfecta é indiscutible autonomía, rompo el que me concedí para atacar á Salmerón.

Sus declaraciones en la Asamblea, el fervor con que combate á los revolucionarios, su decidido empeño en prolongar el debate para que los representantes se aburran y se vayan á sus provincias sin tomar los acuerdos necesarios, todo me impulsa á ello. Queda, por lo tanto roto, y pues

Tú lo quisiste,
tú te lo ten.

ACTOS Y PALABRAS

El Sr. Salmerón dijo el jueves que no debe juzgarse á los hombres por sus palabras, sino por sus actos.

Conforme en un todo, y voy á recordarle parte de su historia para combatirle con sus propios argumentos, y demostrarle por qué los republicanos se admiran, pero no se convence con su privilegiada palabra.

Acepta la presidencia de la República sabiendo que está vigente la pena de muerte, y la deja solemnemente cuando se ve obligado á aplicarla.

En vez de ir desde allí al escaño de diputado y presentar una proposición suprimiéndola, ocupa el sillón de la presidencia del Congreso y apoya á Castelar, que le sustituye para aplicarla.

Su escrupulosa conciencia se horroriza ante el espectáculo del fusilamiento de un soldado indisciplinado, necesario en todos los tiempos y en todos los ejércitos; y, no obstante, se jacta de reducir á tiros á los cantonales, y declara piratas á los que se habían apoderado de nuestros barcos, acto ineficaz que nos trae la intervención extranjera.

A fuerza de hacer constantemente invocaciones á la conciencia y la justicia, logra que se le admire por su valor cívico, su entereza catoniana y su carácter enérgico, y, á pesar de esto, no tiene un rasgo viril ni un arranque digno al invadir los soldados de Pavía el palacio de la Representación nacional.

En vez de reunir las Cortes en cualquier otro punto de España y, fuerte con su derecho, protestar contra el golpe faccioso, compra un pliego de papel sellado, y majestuoso y grave, poniendo los ojos en el ideal de la eterna justicia y obedeciendo al imperativo categórico de su conciencia, protesta ante el Tribunal Supremo, arrancando una sonrisa de lástima á los unos y una carcajada irónica á los otros.

Un día despiértanse en él los instintos belicosos que siempre ocultó cuidadosamente, corre á París y se pone á las órdenes de Ruiz Zorrilla, ayudándole en su labor y firmando con él manifiestos revolucionarios.

La actitud de Ruiz Zorrilla está bien clara y definida: revolución á todo trance y á todas horas; el que se asocie á él, sabe para qué se asocia; es hombre que no engaña á nadie, porque no oculta lo que quiere ni adónde va. Pero llega lo de Badajoz, y Salmerón protesta, si bien después de haber fracasado el movimiento.

Se pacta la coalición, viene diputado por representar la política revolucionaria, se fragua un movimiento mientras él lo prepara pronunciando discursos incendiarios por Galicia; estalla el 19 de Septiembre, es vencido, y entonces se manifiesta dolorosamente sorprendido.

Villacampa es sentenciado á muerte, lo llama á su prisión, le ruega que lo defienda, y él se niega invocando no sé qué razones y escrúpulos; escrúpulos y razones que no invocó para defender á doña Isabel II en sus pleitos contra el Estado, ni para arreglar asuntos de regías barraganas.

Renuncia el cargo de diputado por la situación especial que le había creado su equívoca conducta en los sucesos del 19, y funda un periódico para combatir la conducta política del señor Ruiz Zorrilla, de quien sólo le separaban los fracasos revolucionarios.

Se inicia la coalición de la prensa, se asocia á ella, aun cuando no oficialmente, y la combate en el meeting del circo de Rivas, afirmando que el pueblo español no está preparado para la República.

Cree que va á morir el rey, y cual si el pueblo se hubiese preparado en los tres meses transcurridos desde su discurso, busca la compañía de los revolucionarios para colocarse en disponibilidad de aprovecharse de los movimientos que condena.

Se reúne ahora la Asamblea republicana, y desde el primer momento apela al obstruccionismo, que nunca empleó en el Congreso de la monarquía; pronunciando un discurso grandilocuente para pedir que se adopte una fórmula insignificante en la aprobación de las actas.

De las dos provincias por que viene representante, hay actas dobles; la comisión propone que se le admita por la de Murcia en justo homenaje á su talento é importancia, y se levanta airado para defender la verdadera doctrina democrática de que los merecimientos y la calidad del elegido no deben influir para nada en la elección.

Se discute á continuación el acta de Badajoz, y sostiene elocuentemente la doctrina contraria: esto es, que debe atenderse en primer término á la calidad de los votos; pareciendo tan convencido al defender esta doctrina como cuando defendió la otra. Y así en todo.

Y quiere el Sr. Salmerón, contradicción viviente, hombre que pocas veces pone en armonía sus actos

con sus palabras, que los republicanos verdaderos se fíen de él por lo que diga?

Pretensión inconcebible sería.

No somos nosotros los que le atacamos. Es su historia que se levanta airada para desmentirle y ahogar sus palabras poniendo de relieve sus actos.

EL CASTIGO

Discútese el acta de Badajoz, y un salmeroniano, cuyo nombre no recuerdo, pero que pretende poner en caricatura la elocuencia de su maestro, pronuncia un soporífero discurso, de esos que nos hacen soñar con retirarnos á la vida privada en un colegio de sordo-mudos.

Levántase á contestarle uno de los representantes por él combatidos. ¿Quién es? Nadie lo sabe. ¿Cómo se llama? Tampoco. Su porte es sencillo, su ademán modesto.

Empieza á hablar, y apenas se le oye; pero dice algo que llama la atención, y todos escuchan atentos.

No emplea frases retóricas, pero razona muy bien, y escucha murmullos de aprobación. A poco cesa de hablar, dejando en la Asamblea el convencimiento de que aquel representante lleva allí la voz de la verdad y la justicia.

Una salva de aplausos nutridos premia su sinceridad, su honrado convencimiento. En los semblantes de todos se ve retratada la satisfacción que inspira siempre el triunfo de la justicia.

No han terminado los aplausos, cuando pide la palabra Salmerón. ¡Cielos! ¿Qué va á ocurrir! ¡El león del desierto arrojándose sobre un cordero! ¡El águila cayendo desde las nubes sobre una liebre!

Todos callan y sienten sus pechos sobrecogidos. No se presencia impasible la muerte pública de un hombre, y menos si es inmerecida.

Comienza Salmerón á hablar, y...

¡Hermosa palabra la de Salmerón! Atrae, admira, fascina. Preciso es tener gran dominio sobre sí propio y muy arraigada la convicción para impedir que las manos se unan á cada instante y le aplaudan frenéticas.

Alguien ha dicho que la palabra es un don precioso que Dios ha dado al hombre para disfrazar su pensamiento. Admitiendo la frase, convengamos en que no hay pensamiento mejor disfrazado que el de Salmerón.

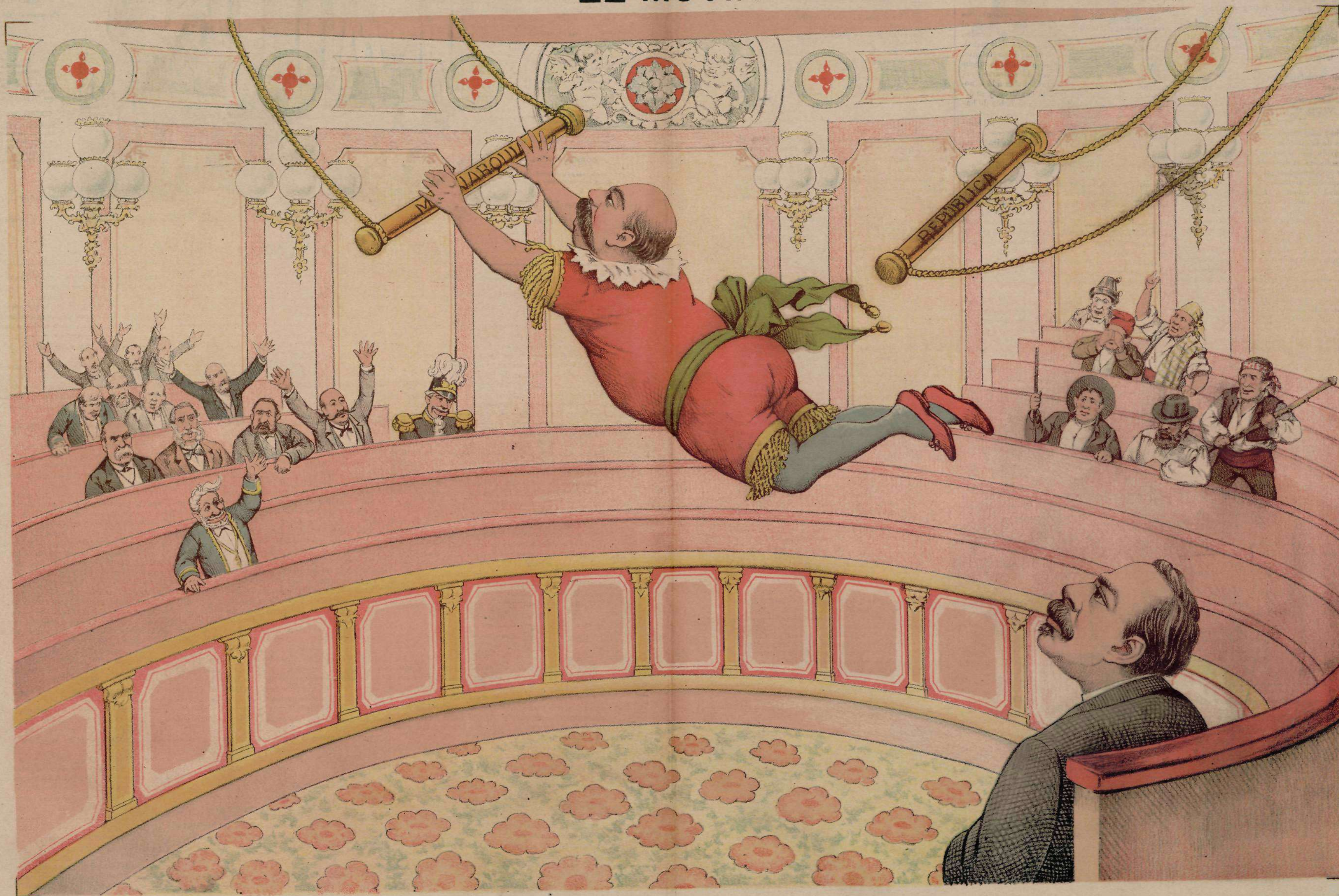
Campana de timbre sonoro y potente, lo mismo suena su voz en un bautizo que en un entierro; en una boda, que tocando á rebato. Siempre grave, siempre majestuosa...

En esta ocasión lo fué como siempre, y más que otras veces. Se trataba de Badajoz, de esa provincia que ha tenido en feudo, y que se le ha escapado de las manos.

Desprecios de Júpiter para los comités municipales de aquella provincia á quien tanto debe, por no haber votado á sus amigos; alusiones sangrientas á personas ausentes; amenazas apocalípticas á los representantes que no votaran en favor suyo; apóstrofes terribles...

¡Ah! volcando sobre el papel todos los adjetivos encomiásticos del Diccionario de la lengua, é inventando millones de ellos después, no podría darse remota idea de lo elocuente que estuvo. ¡Qué Isaias en sus cóleras, ni qué Danton en sus audacias!

EL MOTIN



El último salto.

La Asamblea, admirada y fijos en él los ojos, le escucha en silencio, manifestando una especie de dolorosa angustia por no poder conciliar el entusiasmo que en ella despierta el artista con la razón fría y serena que debe distinguir al hombre público.

Termina el gigante su discurso, y la Asamblea, que había aplaudido poco antes su nombramiento de representante por Murcia, rindiendo así justo tributo á su talento y elocuencia, permanece callada.

El Dante no inventaría castigo más terrible para los que no ponen su talento al servicio de la verdad.

AL VADO Ó Á LA PUENTE

Y que no hay otro remedio, señores salmeronianos y señores de la minoría.

O con la revolución, ó contra la revolución.

No sirven sofismas ni distingos; pasó ya el tiempo de aceptar componendas ridículas y perjudiciales sólo por no aparecer divididos.

Si en realidad lo estamos, ¿á qué negarlo? ¿qué adelantaría quien ocultase una enfermedad porque no se enteraran los extraños? Morir sin remedio.

Muchos y elocuentes discursos se han pronunciado en la Asamblea; pero, en síntesis, nadie ha dicho más que lo que yo el domingo pasado.

¿Quieren venir á la coalición? Que se adhieran de antemano á ella, comprometiéndose á respetar sus acuerdos. ¿No? Pues que se estén donde están.

Porque no se trata de coligarnos, no. Se trata únicamente de entendernos los ya coligados.

Si yo entro en una mezquita, me quito previamente las botas. Es incómodo, puedo constiparme, pero no hay otro remedio. O entrar ó no entrar. Estaría bueno que me pusiera á discutir con los santones si era conveniente ó no descalzarse para visitar á Mahoma. Me arrimarían un estacazo, y harían perfectísimamente.

Pues lo mismo les debe suceder á ellos. ¿Vienen adonde estamos? Que se sometan á lo que hemos dispuesto: si fuéramos á ellos, nos someteríamos á lo suyo.

Lo que hay aquí, por más que todavía nadie lo haya dicho claro, es que el señor Salmerón se queda fuera del gran concierto republicano, y quiere impedir ese concierto; y que los diputados de la minoría comprenden que sin la coalición se acaban las actas para lo futuro, y tratan de arreglar un *modus vivendi* que les permita estar á las maduras de la coalición sin estar á las duras. Ni más ni menos.

¿Que son coalicionistas á su modo? ¿Y qué? Hay que serlo al nuestro, puesto que la Asamblea la hemos convocado nosotros.

Cuando se les ha hablado de nuestra coalición, ¿no han contestado que tenían la suya? Pues esto prueba que no vamos por el mismo camino.

¿Que debemos procurar ver si nos entendemos? Ya lo hemos procurado, saliendo con las manos en la cabeza. Y so pena de pasar por tontos, no debemos abrir más los brazos á quien una vez pretendió ahogarnos.

Estas fraternidades de última hora me hacen sonreír. Hermanos ó auxiliares que no me traen nada y vienen á llevarse la mitad de lo que tengo, esos hermanos ¡bah! los tendré siempre que quiera.

Por lo tanto, que no se cansen esos señores.

¿Quieren venir con nosotros? Pues que acepten las bases y entonces disutiremos si deben entrar. Lo demás es perder el tiempo.

¡BRAVO! ¡BIEN!

Es usted un buen patriota y un buen republicano, Sr. Salmerón.

Discurso tras discurso, rectificación tras rectificación... Nada de tregua; afuera el cansancio; en la brecha siempre.

Guerra sin cuartel á esos pícaros que reconocen la jefatura revolucionaria del Sr. Ruiz Zorrilla.

Ruiz Zorrilla; ¿no recuerda usted ya quién es? Aquel emigrado á cuyas órdenes se puso usted en París, y que pensaba entonces como piensa hoy.

En honor de la verdad, declararé que no es de usted toda la culpa al haberse separado de él: la imparcialidad ante todo.

La mayor parte la tienen Serafín Vega, Cebrián, Mangado, Villacampa, etc., etc., por no haberse dignado unir el triunfo á sus movimientos.

Pero ande usted, que bien castigados están. El primero, con Prieto, Casero y otros centenares de tontos, en la emigración; y los demás mascando tierra, habiendo dejado á sus familias un nombre glorioso, eso sí, pero ni un trozo de pan. Es cierto que como no eran abogados, no pudieron hacer una fortuna aceptando pleitos, vinieran de donde viniesen.

Pero volviendo al asunto.

Estoy encantado de verlo á usted apelar al obstructionismo en la Asamblea, cosa que nunca hizo en la de la monarquía, y sacar las flechas más acoradas de su aljaba oratoria para ponernos como pintan á San Sebastián.

¡Duro, duro ahí! que vean esos representantes de provincias cuánto puede la elocuencia puesta al servicio de una voluntad tornadiza; que queden aplastados bajo el peso de los anatemas que usted, nuevo Moisés, lanza desde el Sinaí de su talento.

¡Ah! ¡Pavía! ¡Pavía! ¡de buena se libró la noche del 3 de Enero! Si usted, en vez de retirarse modestamente al archivo, se levanta, habla á la minoría en el tono que á nosotros, la enardece, y se dirige después al soldado faccioso ¡qué había de haber venido la restauración!

Pero usted, magnánimo y generoso con los enemigos que tienen la precaución de proveerse de fusil, se sirvió perdonarlos, reservando sus iras y sus arranques para los que tratamos de reintegrar á la nación en aquella República que usted no se dignó defender.

También al oírlo á usted el viernes, pensaba en los favores que le debe la monarquía. Si en vez de permanecer callado semanas y meses mientras fué diputado, alza á diario su voz en el Congreso con la fibra que en la Asamblea republicana, y ataca la inmoralidad, sólo con esto da usted al traste con las instituciones. Pero, nada. Se reservaba usted para empresas más altas.

Hablé anteriormente de los representantes, y voy á decirle á usted en confianza una cosa, no sea que se me olvide. ¿Sabe usted que entre los revolucionarios hay hombres de talento?

Aquel Esquerdo, aquel Corona, aquel Sol, que hablaron hasta ahora, ¡diablo y qué bien discurren y cómo lo aplastaron á usted! ¡Y aquellos tres chicos asturianos!... Y aquel English (aun cuando éste ya lo conoce usted por haber sido de los suyos). Dígame á usted, Sr. Salmerón, que lo van á poner á usted en graves aprietos.

Pero he perdido el hilo, y voy á terminar felicitando á usted cordialmente por el aplomo (algunos le llamarían cinismo) con que defendía absurdos de derecho y lanzaba acusaciones envenenadas contra los ausentes.

Bueno, pero bueno, pusieron entre usted y sus amigos al Sr. Baselga, diputado que ha sido con usted, y cuya influencia es más perjudicial que la que usted tenía antes en Badajoz; y digo tenía, porque *colaverunt*.

Siga usted por el camino emprendido con decisión, constancia y empuje; dificulte la obra de la coalición; que la coalición, esa gran obra del pueblo republicano, está á cien codos sobre usted, sobre los diputados, y sobre todos los que la combaten, para preocuparse en lo más mínimo de ataques de pigmeos.

Pigmeos, comparados con ella, se entiende.

COMER SIN DEJAR COMER

Avinagrado el gesto y todo nerviosillo y descompuesto, erguido el recio talle de jamona y puesto en jarras, con su voz chillona exclamó D. Emilio enfurecido:

—¿No he dicho que no coma mi partido?

—¿No he dicho que no quiero banquetes en el once de Febrero?

—¡Réprobos insensatos!

—¿A mí con semejantes desacatos?

—¿Cómo! ¿cuando prescribo

que en pago de atenciones que recibo

hagamos ver al trono que en tal día

no evocamos recuerdos de alegría,

y que es, por el contrario,

de un infausto suceso aniversario?

—¿cuando dar una prueba delicada

quiero á la monarquía restaurada

de mi amor, y probar que ni memoria

conservo ya de mi brillante historia,

de fe republicana en un banquete

á presumir un grupo se entromete?

Pues la sangre al pensarlo se me quema,

el peso sentirá de mi anatema.

Yo que rijo mi grey con mano fuerte,

sólo aplico una pena: la de muerte.

Soy del posibilismo el Padre Eterno,

que da la gloria ó sime en el infierno,

pues hice ya notorio

que tengo suprimido el purgatorio.

Muertos y en el infierno sumergidos

serán, los que atrevidos

se declaren comiendo en rebeldía

sin imitar mi franca apostasía.

Así el tribuno desahogó su enojo,

de vanidad y de soberbia rojo,

produciendo su enérgico discurso...

¿espanto? no; las náuseas del concurso.

Ni indignación siquiera

provoca la manera

con que insulta al político decoro;
¿quién da valor á lo que charla un loro?
Por más que ahora en propalar se afana
enjaulado en la prensa americana,
que es en nosotros criminal empeño
querer turbar de la regencia el sueño,
y fiero nos persigue con sus gritos
de ¡malditos, malditos, y malditos!
tan sólo á un poco de asco se reduce
el daño que su furia nos produce.
Calle, pues, la cotorra ensangrentada,
que su charla va siendo ya pesada;
y si quiere hacer gala de impudencia,
solicite el poder de la regencia
y dé el salto postrero
como cumple á tan buen titiritero.

EL CAPITÁN LAGIER

Llevando puesto el mismo gabán que usaba el día que trajo á Prim á España para hacer la revolución de Septiembre, el bravo marino se levantó en la Asamblea, y, con la voz ruda del que jamás puso su palabra al servicio de la mentira, ni siquiera para cubrir sus errores, dijo esto, poco más ó menos:

«Que representaba allí á doce mil trabajadores, esquilados, explotados y muertos de hambre.

Que tuvo un pleito en que se disputaban mil duros, y en que hablaron muchos abogados; que lo ganó al cabo de cinco años, y que, ganándolo, le costó cinco mil duros.»

La Asamblea le escuchaba con regocijo y le aplaudía, sin adivinar la intención que llevaba al hablar de su pleito, y el capitán añadió:

«Que la República se perdió por los charlatanes, los abogados, como él decía, que se entretuvieron en pronunciar discursos sin hacer nada beneficioso para el pueblo.»

Aquí también la Asamblea le aplaudió, y el capitán, dominando los aplausos, dijo con la entereza de la convicción y la franqueza de la honradez:

«Quisiera haber sido presidente del Congreso, para haber muerto á bayonetazos en mi puesto cuando entraron los soldados de Pavía. Porque lo primero es la dignidad.»

La Asamblea calló, sintiendo algo parecido al estupor que causan las grandes verdades.

El Sr. Salmerón había abusado en su discurso de la palabra *dignidad*, y esta palabra rebotaba sobre su cabeza, arrojada por la mano del pueblo, representado allí por el valiente capitán del *Buenaventura*.

PALOS Y PEDRADAS

En la Asamblea republicana afirmó el Sr. Salmerón, y lo confirmó el Sr. Gilsanz, diputado, que la minoría siempre ha estado dispuesta á defender al Sr. Ruiz Zorrilla de los ataques que los monárquicos le han dirigido en el Congreso.

Estar dispuesto á hacer una cosa, no es hacerla; y en todo caso una defensa tímida y obligada, es á veces peor que el silencio.

El hecho es, y esto nadie puede contradecirlo, que ningún diputado de la minoría ha cumplido en este punto con su deber.

Y casi en ningún punto.

Conciencia, lealtad, derecho, justicia, patria, dignidad, móviles honrados...

Si por cada vez que han pronunciado estas palabras en el Congreso los salmeronianos, me hubieran concedido una millonésima de segundo de vida, existiría hasta que se apagase el último destello del último astro.

¡Qué abuso! Por supuesto que todas estas palabras se las han echado modestamente encima cual si temiesen que los demás no lo hicieran.

El señor Salmerón aludió sañudamente á Castelar en la Asamblea republicana.

A quien hay que oír hablar de Salmerón es á Castelar. Lo menos que dice de él es que es de madera de traidores.

Digamos con el sereno del cuento: Cosas de ellos.

OBRA NUEVA

LA PIQUETA

por

JOSÉ NAKENS

Habiéndose agotado cuatro ediciones de esta obra, ponemos hoy á la venta la quinta, aumentada hasta catorce pliegos de impresión, al precio de

DOS PESETAS

Los suscriptores directos á EL MOTÍN, y los que en adelante se suscriban, pueden adquirir esta obra, y las demás de nuestra Biblioteca, con el *cuarenta por ciento* de rebaja, francas de porte. *Pago adelantado.*

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.